

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

LA VACACION

DIVAGACIONES PROPIAS DEL ESTIO

Vacar o vagar o divagar es propio del estío. Cada cual descansa o deja de trabajar a su manera. Para mí, el reposo veraniego consiste en el encuentro con la mar, ese inmenso depósito líquido que cubre la mayoría de la superficie del planeta y del que salió, probablemente, la vida. La mar es una y cambiante. Homogénea y diversa. Rompe en la costa, sube y se retira en las mareas, estalla en galernas, se despeza en brisas, sirve de apoyo físico a las naves, en mil diferentes maneras. Su color, su sabor, su olor es variadísimo. Me contaba un viejo capitán mercante de mi tierra, que había corrido los cinco mares con su carguero, que si a él lo soltaran vendado en el puente de un buque en alta mar, adivinaría en pocos minutos de qué océano se trataba y hasta, casi, el paralelo que cruzaban. El Mediterráneo tiene su luz. El Cantábrico, su neblina. El Pacífico, su lujuria. El Báltico, su frío visceral. El mar del río de La Plata, su color inconfundible. Cada trozo de mar tiene su etiqueta, su aroma, su violencia, su riesgo. Y por supuesto, su historia, natural y humana, que lo configura.

Volver al mar; a contemplar el mar, es embriagarse de naturaleza, abandonar nuestro ritmo artificial para captar poco a poco el pulso de la biosfera o el secreto del ecosistema en el que se vive. Esta serie de equilibrios en que se funda la supervivencia del medio, se adivinan intuitivamente al sumergirse uno en la divagante pereza del verano. Un libro admirable que me regaló recientemente un buen amigo catalán, compilado por Ramón Falcón y realizado por un numeroso y brillante equipo de especialistas me acompaña en estas horas de meditación y holganza. «Naturaleza; ús o abús» se titula y en sus páginas leo este párrafo que encierra la gran verdad olvidada: «La persistencia de la Naturaleza en condiciones aceptables no es deguda precisamente a la prudencia i a la saviesa de l'home, sinó a l'existència d'una llarga sèrie de mecanismes de regulació i de seguretat presents en la mateixa biosfera».

La Naturaleza se autorregula; se defiende contra los peligros y los ataques. Lucha por subsistir. Su mayor enemigo es hoy el hombre que trata, irracionalmente, de aniquilarla. De romper, incluso, esos sabios procesos de protección que el instinto de

las especies y la inercia del mundo físico logran poner en pie para continuar lo que tantos millones de años tardó en lograrse. El drama reciente de la nube venenosa, ocurrido en Italia de modo espectacular, pero que sucede cotidianamente a otro ritmo y con menos evidencia en las ciudades contaminadas y en los ambientes polucionados, han sacudido las fibras íntimas de la opinión pública de Europa entera, poniendo en el banquillo de la revisión las preguntas incontestadas: ¿Para qué la vida? ¿Para qué el «beneficio» como único bien? ¿Para qué la naturaleza? ¿Cuál es el puesto del hombre en el sistema en que vivimos? ¿En qué consiste la riqueza verdadera?

Pienso que este interrogante o conjunto de cuestiones trascendentales saldrán, en breve, al primer plano, en la problemática política de los próximos años. Los viejos planteamientos dialécticos subsistirán en lo esencial; pero la vida como supremo tesoro, al que hay que respetar, conferir dignidad, ofrecerle un ámbito de libertades y proteger implacablemente en sus valores cualitativos volverá rápidamente a ocupar el centro de la escena del que nunca debió salir. La derecha y la izquierda, el neocapitalismo y los marxismos deberán ocuparse primordialmente de esos graves interrogantes. Sin la vida humana exaltada al lugar preferente en la tabla de valores del plano temporal, no habrá interés en las masas por lo que digan sus líderes.

La mar, cuando se vive en sus riberas, se conjuga más visiblemente con los otros elementos básicos del medio ambiente. Asomarse al océano es adivinar el talante del tiempo próximo de un modo sólo comparable al de los hombres que viven en la alta montaña, también privilegiados observadores. La gran llanura móvil permite atisbar horizontes lejanísimos. El turbón del noroeste se adivina en mi playa cuando está ya descargando en Santander o en Gijón y le faltan horas para llegar a la vertical en que me encuentro. Se ve atacar a la galerna en formaciones de espuma, desde varias millas de distancia. La luna tiene un modo especial de desgranar su luz sobre la mar nocturna que tiene más de magia que de melancolía, más de hallazgo submarino que de jardín romántico.

Otro solemne rito es ver salir el sol sobre las aguas. Yo me levanto a contemplarlo casi todas las mañanas y reconozco mi admiración sencilla y humilde ante el renovado espectáculo. Casi siempre, en el mar de Vizcaya, hay una muralla de niebla que la noche ha ido acumulando en el horizonte del este. Desde mi estudio, en agosto el sol aparece por el rumbo de Bayona, sobre las Landas de Francia y tarda en despejarse de las nubes como un inmenso globo todavía sujeto a la tierra. Pero de golpe suelta amarras la bola de fuego y sube vertiginosa a dominar el paisaje. Yo comprendo la estática admiración del hombre primitivo y las razones profundas del culto solar. Será quizás un prejuicio literario, pero desde que he visto amanecer diez días seguidos, mi cuerpo entero se siente más integrado en el mundo físico y como decía Goethe en sus estrofas inmortales al fluir la identidad en el espacio infinito, también nosotros nos sentimos parte de ese devenir universal.

Las gaviotas llegan en bandadas puntuales en el mismo instante en que el gran disco rojizo se hace visible en el cielo. Se abalanzan sobre la playa, a comer los restos de alimentos dejados por los bañistas del día de ayer. Ellas no tienen vacaciones y recorren su ritmo biológico con implacable precisión. No han leído a Goethe, ni a Teilhard, ni el informe del Club de Roma. No saben lo que es la calidad de la vida, ni piensan salir de las cuevas donde anidan desde la prehistoria, para levantar una «ciudad de las gaviotas», hecha de cemento, de hierro y de cristal. ¿Sabrán las gaviotas lo que es la felicidad? Los que fundaron los Estados Unidos hace doscientos años escribieron en sus memorables textos constitucionales que uno de los objetivos esenciales del hombre era la conquista de la felicidad: «The pursuit of happiness». Pero nuestro Séneca, hace dos mil años, había escrito ya, sencillamente: «La Naturaleza nos ha conformado de tal manera que no tengamos necesidad de gran cosa para ser felices».

José María DE AREILZA

TOLERANTES E INTOLERANTES

PROBLEMAS DE LA PERMISIVIDAD

UNA manera muy aséptica, no sé si académica, de decirlo, es esa: «permisividad». Naturalmente, dentro de la terminología al uso, la «sociedad permisiva» se caracteriza, ante todo, por «permitir» un solo y determinado tipo de cosas, que son, siempre o casi siempre, referibles a la cuestión del sexo. La multitud celtibérica, en efecto, empieza a disfrutar los primeros beneficios de la llamada «permisividad». Dejo para observadores más atentos que yo el problema de cuantificarla. La tolerancia —de hecho, «tolerancia» es la palabra clásica, un tanto ajada por la historia y por los siniestros regateos tradicionales—, la tolerancia, digo, ¿hasta dónde llega? La pregunta se dirige a las comparaciones, y las comparaciones, en este terreno, tendrían que hacerse con Italia, con Francia, con el Reino Unido, y más, con Holanda, con Escandinavia. Que yo sepa, por ejemplo, aquí aún no se ha abierto al público ninguna tienda de fruterías eróticas. «Sex-shop» es su nombre inglés: me parece que Cela ha encontrado el equivalente plausible para los romances locales, «sexeria» («sexería» como «cafetería», «camisería», «mercería», «joyería» y etcétera, salvando las distancias, claro está). Queda mucho camino por recorrer, sin duda.

Pero lo conseguido ya es estimable. Quienes crecimos bajo la rigurosa vigilancia puritana del clericalismo franquista, o del franquismo clerical, estamos en magníficas condiciones para apreciar el cambio. Porque el cambio, en unos cuantos años, incluso en unos cuantos meses, ha sido colosal. Pensemos en las rutinas y en espesas prohibiciones que se centraban en la simple operación de tomar el baño, o en la no menos inocente de los bañoteos juveniles, o en el ejercicio de la «picardía» sobre las tablas o en la pantalla. Fueron enormes. Yo incluso me atrevería a insinuar que carecían de precedentes, en el espacio que ocupamos. La

tétrica coalición de ministros y obispos de las últimas décadas superaba, con mucho, los módulos inquisitoriales de la Filipada. Los reverendos padres del Santo Oficio hispánico no descendieron a tales extremos. Ni de lejos. Hasta cabe suponer que, si se condescendió a que leyésemos la «Celestina», el «Quijote», las novelitas esenciales de la «picaresca», fue porque, en el fondo, el énfasis nacionalista oficial se sobreponía a la noñez autoritaria. La censura del difunto señor Arias habría vetado los textos aludidos: lo hizo con otros menos «realistas»...

Ahora, uno se acerca al quiosco de prensa de la esquina, y los ojos se le llenan de nálgas, de senos, de muslos, de ombligos, de alguna que otra ingle. Las salas de espectáculos ofrecen estos mismos materiales con una abundancia cada vez más generosa. Las actrices de turno muestran sus «encantos» en el cine o en el teatro, y en los rincones cabareteros la juegra se amplía. Los libros que se editan tropiezan con menos dificultades, en cuanto se entretienen con los asuntos del bajo vientre. Las concesiones —los «permisos»— empezaron con el señor Fraga, si no recuerdo mal. Hágase el milagro, y hágalo el diablo —dice un refrán castellano—, y a nos veremos las caras el día del Juicio Final, si hay suerte. El vecindario vasallo de Información y Turismo y de Gobernación arrastraba una cuaresma «sexual» evidentemente agobiadora. Los resquicios de «tolerancia» fueron aceptados con alegría. Era natural. No sólo de pan vive el hombre, ni la mujer. El hombre y la mujer viven del pan, de la palabra de Dios, y de su personal y modesta lujuria. Escribo «lujuria», y el vocablo, eclesiásticamente oneroso —pecado capital—, no es el justo. Pero ya se me entiende, ¿qué caramba! La vida es la vida.

Sin embargo... También hay «moralistas» de izquierda. Una cierta izquierda —si izquierda se quiere siendo, y cada día puede constatar su

deterioro— tiende a poner el grito en el cielo frente a la «permisividad» calificada de burguesa. Descarto lo que de hipocresía —«burguesa», heredada— se oculta en esta dirección, que abarca las leyes de los Estados autocalificados de «socialistas» y los tópicos de los partidos postulantes. En la práctica —la famosa «praxis»— cada militante se las arregla como puede. Con mala conciencia, en el fondo. Como un congregante mariano cualquiera. El proletariado se resigna a su ancestral «alineación» familiar, y apenas se queja; pero la fauna superpuesta y parasitaria, la de los intelectuales adictos, si vale la mención, fornicia más que el gallo de la Pasión, y a diestra y siniestra. Me parece mal lo uno, y bien lo otro. Más de una vez he dicho y repetido que entre las dichosas «rentas per capita» hay que contar con la «renta sexual per capita». El curso de este comentario no admite que pueda entretenerme en anécdotas y en reproches. La campaña contra el «erotismo» invade, cuando procede de las «izquierdas» pazguatas, invita al llanto. Un sacristán de Boccaccio tenía las ideas más claras sobre el particular.

¿Y por qué no deberíamos volver sobre el concepto de «libertad»? La «libertad» ¿para qué? Lenin, con toda razón, objetaba ese «¿para qué?». Hoy, y a un concreto nivel de reclamaciones, podemos —se puede— exigir la «libertad» más allá de los decimonónicos y necesarios derechos de expresión, de voto, de sindicato. La «permisividad» suele ser reprobada como «alienación». La supuesta «pornografía» de los papeles y los cines ha recibido graves acusaciones, no precisamente «gauchistas», sino del otro «bunker», el de la torva mentalidad pequeño-burguesa que predomina en las esferas ya mínimamente marxistas, y menos leninistas, de los partidos consergrados. Por lo demás, Marx y Lenin fueron unos pequeño-burgueses como una catedral: «Proleta-

rios de todos los países, ¡uníos!». «Vosotros» os tenéis que unir. Esa fue la definición. Lenin, Trotski, la tira; la microburguesía que toma el poder en nombre del proletariado. Mao es otra historia... Alguien tuvo el rasgo de ingenio de subrayar que el proletariado es «el rey constitucional de la historia»: llegado al poder, reina pero no gobierna. Su presunta «dictadura» ha sido, donde fue, un tinglado pequeño-burgués. Reina el proletariado, y gobierna el partido. Las noticias recientes son que Marchais, Berlinguer y Carrillo se integran en el caldo de la socialdemocracia más deprimente.

Y vuelvo a lo mío: a esa otra «libertad» que, en la codificada y mecánica receta de la «lucha de clases» nunca se vio definida. Para los doctores de esta Iglesia, Marx, Lenin, Stalin, y lo que vino después —que, como doctrina, fue una miseria escandalosa—, el «culo» no cuenta. Es un error. Porque un mínimo de «materialismo histórico», y de «materialismo dialéctico», inducen a reconsiderar la «permisividad» en términos muy curiosos. En la práctica —en la «praxis»—, la fluorescencia ideológica del jesuitismo izquierdoso da mucho que reflexionar. Las nuevas generaciones se saltan a la torera el «bunker» marxista-leninista. Eso empezó en el mayo del 68. O no: venía de antes. Lo de después da grima. Una de las angustias planteadas, de momento, es ésta: que la «permisividad» rebasa las dudosas expectativas de una ansiedad general. Parece una maniobra «burguesa», y quizá lo es. La hipotética «izquierda» arterioclerótica entra en el mismo planteamiento de perplejidad. Es una invitación a la cautela el hecho de que, respecto al hipogastrio, sean más «liberales» los de derechas que los... ¿Los de izquierdas?

Joan FUSTER

Pida Papel Kodak®

Pida sus fotos en Papel Kodak. Mírelas por detrás. Kodak siempre firma su papel.



ZELTIA AGRARIA, S. A.

Comunica a sus clientes y amigos sus nuevos números de teléfono

230-18-08

250-74-08

Calle Rocafort, 241, 6.º, 5.ª Barcelona

AZULEJOS Y PAVIMENTOS TOT CERAMICA

Grandes existencias. Precios muy interesantes. Extenso surtido restos de fábrica. Azulejo desde 2,50 pieza. Pavimento desde 350 metro. Verlos: TOT CERAMICA C. Juan Güell, 54-56 Tel. 339-38-29

¿Qué es? D.S.C.C. ¿Qué quiere?

- Primacia de la persona humana
- Democracia como forma de vida y de gobierno
- Cultura para todos
- Autonomía política
- Un trabajo liberador
- Una economía justa, responsable y libre
- Calidad de vida igual en el campo y la ciudad
- Solidaridad europea.

Democracia Social Cristiana de Catalunya
Pida más información a: D.S.C.C. Apartado 2.002. Barcelona